

EL RINCÓN DE VÍKTOR

EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Lunes, 14 de Abril de 2008

LA BARCA DE CARONTE. DECIMOSEXTO CAPÍTULO. EN BELCHITE.

Nuestra guerra civil tuvo escenarios de excepcional violencia. Uno de ellos fue Belchite. Belchite es un pueblo de la provincia de Zaragoza que en 1937 se convirtió en uno de los frentes más importantes del conflicto español. Hoy Belchite no es más que un conjunto de ruinas. Ruinas que el general Franco dejó intactas para que el recuerdo de la guerra se mantuviera siempre presente. Construyó una nueva población, de nueva planta, a unos kilómetros de allí. Desde Belchite Nuevo, sobre el horizonte se pueden contemplar las ruinas del Belchite original.

Esta noche vamos a visitar Belchite. Sus ruinas impresionan en la invisible soledad de lo nocturno. Pero conforme pisamos el suelo húmedo y frío de Belchite, comprobamos que en realidad no estamos solos. El ambiente está contaminado, es muy espeso, está muy cargado. Pesan innumerables e indescriptibles sentimientos. Esos que han quedado atrapados desde 1937 y que el paso del tiempo no ha podido borrar. Los trágicos acontecimientos vividos en 1937 llevan, desde entonces, emanando de esas ruinas, de forma que cualquiera de nosotros que no sepa nada de lo que ocurrió en Belchite, sólo sintiendo todo aquello que rezuma de las piedras, podemos comprender lo que allí sucedió. Y es que conforme caminamos entre aquellas ruinas, no somos conscientes de que estamos caminando sobre un enorme cementerio, donde se apiñan los restos anónimos de cientos de personas. El cementerio enseguida se colapsó y hubo que abrir fosas en plena calle. Y una extraña sensación que nos eriza el cabello, nos hace ser conscientes de lo que realmente sucede allí. Un tremendo escalofrío recorre nuestra espalda subiendo desde los talones hasta la nuca. Se nos pone la piel de gallina. Los muertos nos acarician desde el suelo y reclaman nuestra atención. Y, efectivamente, comprobamos que lejos de ser un pueblo muerto, Belchite es un pueblo vivo.

Suenan las doce campanadas en el reloj de Belchite Nuevo, pero alguien, no sabemos desde donde, posiblemente desde el interior de una de las casas de las que solo se mantienen en pie a duras penas las fachadas, nos pide enfadado que *"paren el reloj"*. Posiblemente ha visto turbado su descanso. Nosotros sí que nos hemos turbado. Alguien habita en este pueblo muerto. Seguramente alguien que no ha querido marcharse. Y de hecho no se ha marchado, pues sus restos siguen ahí. ¿Pero solo sus restos?

Llegamos a la parte posterior de lo que intuimos era el cementerio original. Enfrente tenemos un enorme paredón que la brillante luz de una Luna muy clara nos permite contemplar sin dificultad. De pronto oímos algo estremecedor: hay una voz horrorosa que dice con claridad *"¡¡¡FUSILADLE!!!"*. Acto seguido, una sobrecogedora descarga de fusilería hace eco entre las huecas entrañas de la desvencijada Torre del Reloj que preside el pueblo de Belchite. Las piernas comienzan a producirnos un temblor que nos es incontrolable. Y, sin darnos cuenta, rompemos a llorar. Esto nos sobrepasa por completo. Acaba de rompernos nuestros esquemas. Hay algo que nos ahoga. Nuestra respiración comienza a agitarse. Estoy convencido de que el oxígeno no escasea, pero aun así, nuestros pulmones trabajan a buen ritmo. Las manos las tenemos húmedas de ese sudor frío que emerge no sabemos muy bien cómo tratando de cumplir no sé qué función.

Ahora somos conscientes de que caminamos sobre un pueblo encantado con dos realidades distintas. Es un ambiente macabro, con la luz lunar reflejándose en las cruces de hierro plantadas en el suelo; un ambiente tétrico con innumerables edificios ruinosos, calles enteras sembradas de muertos; un ambiente muy cargado, donde el subconsciente se deja ver lo mismo que un niño que juega al escondite. Algo que nos supera, que hace que valoremos y que nos preguntemos sobre lo que de verdad importa: las preguntas sobre la vida. ¿Hay vida después de la muerte? ¿Morimos de verdad? ¿Pasamos de una dimensión vital a otra? Dense un paseo nocturno por Belchite y podrán, con seguridad, responder con mayor precisión a estas preguntas.

Por cierto, solo pudimos usar nuestras linternas durante diez minutos. Después, las pilas se nos agotaron. Y eran nuevas. Algo parece tragarse, eliminar la energía. Y como saben, la energía ni se crea ni se elimina... se transforma.